

Algunas consideraciones sobre una cuestión *sobradamente* conocida: La *caída* del Imperio Romano de Occidente [476 d.C.]

Some considerations about a an issue well known:
The Fall of the Roman Empire of the West (AD 476)

EDUARDO PITILLAS SALAÑER*

RESUMEN

Se indican en este artículo algunas de las claves interpretativas a la hora de valorar el hundimiento del Imperio Romano de Occidente. El texto que sirve como punto de referencia para el desarrollo de esta reflexión es el de Orosio (VII, 22, 7, 9).

PALABRAS CLAVE:

caída, crisis, transformación, usurpaciones, presiones exteriores.

ABSTRACT

Some of the keys for the interpretation of the West Roman Empire's collapse, are indicated in this article. The text which is used as reference point for the development of this reflection is by Orosio (VII, 22, 7,9)

KEYWORDS:

fall, crisis, transformation, usurpations, outside pressures.

«¿A qué estamos esperando todos reunidos en la plaza del mercado?
A los bárbaros, que van a venir hoy.
Y ¿por qué esa inactividad en el Senado?
¿por qué los senadores están todavía sentados sin elaborar ninguna ley?
Pues porque los bárbaros van a venir hoy.
¿Qué más leyes van a hacer los senadores?
Cuando vengan los bárbaros, ellos harán las leyes.
¿Por qué nuestro emperador se levantó tan temprano esta mañana?
¿Por qué está sentado esperando en la gran puerta de la ciudad, elevado en su trono y con la corona puesta sobre la cabeza?
Porque los bárbaros van a venir hoy [...]

* Dr. Historia Antigua. Camilo Alonso Vega, 48, Portal 1, 1.º A. 39005 Santander. IES Augusto González de Linares (Santander). E-mail: ug-hematologia@humv.es

¿Por qué calles y plazas aprisa se vacían y vuelven todos a casa compungidos?
 Porque ha caído la noche y los bárbaros no han venido.
 Y algunas personas han venido desde las fronteras con noticias de que ya no hay
 bárbaros.
 Y entonces ahora ¿qué va a pasar con nosotros sin los bárbaros? Al menos esa
 gente eran una cierta solución» (Constantino Cavafis)¹

I

Podría parecer fuera de lugar volver a preguntarse por una cuestión que en un trabajo² de no hace muchos años ya se indicaba hasta qué punto había sido estudiada. Seguramente aquí, a lo largo de los siguientes párrafos, no se vaya a descubrir nada nuevo. Tampoco se pretende. El debate, no obstante, sigue abierto y si determinadas corrientes historiográficas abogan por un tipo de interpretación, otras se inclinan por el contrario. No es intención del que escribe estos párrafos abordar en este breve trabajo unos aspectos, a todas luces, complejos, y que desbordan ampliamente las posibilidades del que aquí se presenta. En todo caso, sólo se pretende apuntar algunos de ellos, referidos a la *caída* del Imperio Romano de Occidente (o en Occidente, ya que la otra parte, Oriente, se *transformó* en Imperio bizantino y subsistió hasta la ocupación de Constantinopla por parte de los otomanos en el año 1453 d.C.).

Se ha hablado mucho de que Roma cayó (o no cayó), de que el Imperio entró en barrena, en decadencia, palpable ya en el siglo v d.C., o de que, por el contrario, la idea de Roma subsistió, perduró, o visto de otro modo, se *metamorfoseó* ya de forma temprana en el imperio carolingio. Lo mismo podríamos decir, salvadas las distancias, para la idea imperial de época de Carlos de Gante (la *Universitas Cristiana*), heredera también de la vieja idea imperial romana (de César y Alejandro) metamorfoseada bajo el nuevo crisol del cristianismo, a comienzos de la decimosexta centuria.

A pesar de todo es preciso poner un límite a las cosas. La idea de perduración, de que el Imperio pervivió, aunque su configuración política y administrativa hubiera desaparecido, no son en sí mismas cuestiones contradictorias. Tampoco exclu-

¹ Constantino Petros Fotiadis Cavafis [1863-1933]. Nacido y muerto en Alejandría (29 Abril, 1863-29 Abril, 1933) a los 70 años de edad. Hijo de un rico comerciante [Cavafis & Brothers]. Trabaja como funcionario, durante más de treinta años, en el Ministerio de Riegos de Egipto de donde se retira en 1920. En 1932 se le diagnostica cáncer de laringe falleciendo en el Hospital Griego de Alejandría. Individualista, de carácter aislado, su obra poética no se ajusta a las tendencias de su época. Estuvo interesado preferentemente en la historia griega de la Antigüedad, especialmente hacia personajes a caballo entre el mundo helenístico y el bizantino. Utilizó un lenguaje depurado y pulcro, y supo expresar de forma sencilla sensaciones profundas. Domina en él el sentimiento trágico. De comportamiento excéntrico y poco preocupado por la fama expresó su sensualidad de forma un tanto cerebral, antivitral.

² Gonzalo Bravo Castañeda, M.^a del Mar Marcos Sánchez, Emilio Mitre Fernández y Rosa Sanz Serano, *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Gonzalo Bravo (Coordinador), en «Introducción. La caída del Imperio Romano: aproximación historiográfica», XIV y 305, Madrid, 2001. Un resumen en G. Alföldy, *Die Krise des Römischen Reiches. Ausgewählte Beiträge*, Stuttgart, 1989.

yentes. Una idea, sin lugar a dudas, puede prolongarse a lo largo del tiempo. El concepto de imperio (*dominium mundi*) no desaparece, pero la peculiaridad (o singularidad) del viejo imperio (el romano), en ciertos aspectos, tuvo poco que ver con el de Carlomagno³, aunque éste sea el punto de partida de la idea de Europa actual. Baste con considerar la incidencia, en uno y otro caso, del desarrollo urbano, del *consumo* y del trasiego de productos, muy disminuidos si comparamos la época romana anterior con la del soberano que yace en Aquisgrán⁴.

Algunas pinceladas historiográficas básicas⁵

La obra de E. Gibbon⁶, monumental a todas luces, abrió camino ya en el siglo xviii⁷. Es el punto de partida y referencia obligada, de toda la historiografía sobre el tema⁸. A ella, básicamente, ya en pleno siglo xx, durante el periodo de entreguerras, se añade la de J. B. Bury⁹, y en la década de los sesenta del siglo pasado, otra también monumental¹⁰, todas ellas publicadas en lengua inglesa. La obra de este último (A.H.M.) Jones estuvo muy influida además por otra igualmente de altos vuelos, la de M. Rostovtzeff¹¹.

Los autores anteriores, salvo matices, defendieron la incidencia que para el Imperio en Occidente tuvo la entrada de los pueblos bárbaros, aunque (E.) Gibbon, sin negar esa misma evidencia, señalara también (desde una óptica ilustrada) los efectos negativos del cristianismo y el hecho de que el Imperio acabara cayendo *por su propio peso*.

³ E. Mitre Fernández, «Roma y el fin del mundo antiguo desde la Edad Media», *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Gonzalo Bravo (Coordinador), Madrid, 2001, 227 y ss.

⁴ En relación a alguno de estos aspectos: L. García Moreno, «Los bárbaros y los orígenes de las naciones europeas», *CHE*, LXXX, 2006, 7-23.

⁵ No se pretende aquí hacer una relación exhaustiva sobre esta cuestión sino, como el epígrafe indica, una simple introducción. Para más detalles: Gonzalo Bravo Castañeda, M.^a del Mar Marcos Sánchez, Emilio Mitre Fernández y Rosa Sanz Serrano, *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Gonzalo Bravo (Coordinador), en «Introducción. La caída del Imperio Romano: aproximación historiográfica», Madrid, 2001, XIII y ss.

⁶ *The Decline and Fall of the Roman Empire*, ed., J.B. Bury, Londres, 1897.

⁷ Publicada entre 1776 y 1787. Traducción castellana: *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano*, 5 vols., Madrid, 1984.

⁸ No es posible citar aquí, ni siquiera de pasada, todo el elenco de investigadores que trataron esta cuestión, a partir de Gibbon, de la decadencia del mundo romano (A.E. R. Boak, T. Frank, N.H. Baynes, V.G. Sunkhovitch, O. Seek, W.L. Westermann...). Para ello remitimos al lector al artículo de J.M.^a Blázquez Martínez, «Causas de la decadencia y hundimiento del Mundo Antiguo», *Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones* [Web], versión digital; publicado anteriormente en *Jano*, 98, 1973, 113-114, 117-118 y 120-123.

⁹ *History of the Later Roman Empire*, Londres, 1923.

¹⁰ A.H.M. Jones, *The Later Roman Empire 284-602 A.D. A Social, Economic and Administrative Survey*, Oxford, 1964. Una versión posterior del mismo autor más resumida: *The Decline of the Ancient World*, Londres, 1966.

¹¹ *Historia social y económica del Imperio Romano*, II vols., Madrid, 1962.

Dos años más tarde de publicarse la obra de (A.H.M.) Jones vio la luz la de (P.R.L.) Brown¹², biógrafo de Agustín de Hipona¹³, con quien se produce una ruptura en la línea de negar (o de reducir) a la mínima expresión la idea de *caída* del Imperio. Con este investigador aparece el concepto (posibilidad ya *abierta* por H. Pirenne [1863-1935] en el sentido de la incidencia capital de la expansión islámica¹⁴ como hecho histórico de mayor calado que el final del mundo romano) de *Antigüedad tardía*, periodo que merece ser tratado de forma independiente y que ha dado paso a su estudio, de forma diferenciada, en diversos planes universitarios como asignatura independiente, cuestión que va unida también en parte a la tesis de la *transición* (Antigüedad tardía = *Spätantike*)¹⁵.

Dentro de la teoría de la transición (paso de un modo de producción antiguo [esclavismo] a otro de signo medieval [feudalismo]) cabe situar el punto de vista de F.W. Walbank¹⁶, autor que hace hincapié en el atraso tecnológico y su incidencia negativa, durante época romana, en la estructura social¹⁷.

En la línea *hostilista*, ya que los *bárbaros* (término griego adoptado por los romanos) fueron los enemigos (*hostes*) por excelencia, se habría situado A. Pigniol como refleja en su *lapidaria* frase¹⁸.

Una autora reciente A. Cameron¹⁹ ha señalado la necesidad de desterrar de forma definitiva conceptos tales como *decadencia* o *degeneración*²⁰. Gibbon y Rostovtzeff habían contemplado esta idea de decadencia (según esta misma autora) en los efectos negativos del cristianismo, el primero, y en el *totalitarismo* brutal del sistema político bajoimperial²¹, el segundo. Para esta investigadora, con (P.R.L.) Brown, historiador entusiasta y emotivo, aparece la etapa de Antigüedad

¹² *El mundo en la antigüedad tardía*, Madrid, 1989. (*The World of Late Antiquity: From Marcus Aurelius to Muhammad*, Londres, 1971).

¹³ Id., *Biografía de Agustín de Hipona*, Madrid, 1970. Vid., también: H. Chadwick, *Agustín*, Madrid, 2001.

¹⁴ E. Mitre Fernández, «Roma y el fin del mundo antiguo desde la Edad Media», *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Gonzalo Bravo (Coordinador), Madrid, 2001, 261.

¹⁵ G. Bravo Castañeda, «Revolución y «Spätantike»: Problemas de Método en el Análisis Histórico de la Sociedad Tardorromana», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, 1976, 443-454.

¹⁶ *La pavorosa revolución. La decadencia del Imperio Romano en Occidente*, Madrid, 1987.

¹⁷ «...la única manera de que Occidente se hubiera preservado y hubiera podido avanzar hacia nuevas realizaciones, habría sido mediante un cambio radical en el nivel tecnológico, incluyendo las comunicaciones, y una subsiguiente transformación de la estructura social. ¿Cómo se podría haber efectuado tal cambio? Una breve reflexión sugiere dos posibilidades, y sólo dos. Primero, se podía haber persuadido a la clase alta para que abandonara su posición privilegiada, pagara sueldos más altos a los artesanos, redujera la carga sobre los campesinos, desarrollara la técnica y aboliera la esclavitud. Como segunda alternativa, las clases oprimidas podían haber conquistado el poder mediante una revolución violenta y llevado a cabo los cambios técnicos ellos mismos...» (Id., *Ibidem*, 139).

¹⁸ «La civilisation romaine n'est pas morte de sa belle mort. Elle a été assassinée»: *L'Empire Chrétien (325-395)*, París, 2.^a ed., 1972, 466. Cfr., *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Gonzalo Bravo (Coordinador), «Introducción. La caída del Imperio Romano: aproximación historiográfica», XIV y 305, Madrid, 2001, XXI y 307.

¹⁹ *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía (395-600)*, Barcelona, 1998.

²⁰ Id., *Ibidem*, 19.

²¹ A. Cameron, *El Bajo Imperio romano (284-430 d. de C.)*, Madrid, 2001.

tardía, con nuevos enfoques y testimonios referidos a la esfera de lo religioso y cultural. Así, esta misma cree fructífero el *hallazgo* de un periodo histórico intermedio, a caballo entre un mundo antiguo que pierde su perfil, y uno medieval que aún no lo ha adquirido. De hecho, la citada obra de Cameron abarca la Antigüedad tardía con una cronología significativa (395-600 d.C.), en todo caso sobrepasando el 476 d.C., fecha tradicional de la *caída* del Imperio y procurando, como ella misma señala²², que el lector adquiera así una visión más amplia.

Una interpretación sustentada en la antropología, a la que posiblemente haya que hacer ciertas reservas, basada en las sociedades complejas que en su grado de mayor desarrollo y sofisticación (¿especialización?) terminan por colapsarse²³, no siempre convence²⁴.

W. Goffart²⁵ ha desafiado también la idea tradicional de las invasiones intentando explicarlo todo en aras de la *integración*. Ésta es seguramente la tesis opuesta a la *hostilista*²⁶ que conserva predicamento no sin, como veremos, también fuertes reservas.

Todo un conjunto de factores (religiosos, sociales, económicos, demográficos, climáticos, de enfrentamiento, desde el interior, contra el Estado, o bien, como resultado de la presión de los bárbaros desde el exterior y así un largo etcétera...) pueden añadirse, como larga lista, a un sumando complejo, del que, resulta finalmente difícil encontrar una directriz que sirva de guía. No todas las *causas*, en principio, tienen la misma importancia (?), pero tampoco resulta fácil el ponerse de acuerdo (si es que hubiera que hacerlo) en determinar una jerarquía, o definir una estructura básica, indicando diferencias sensibles entre causas *principales* y otras *secundarias*...²⁸. Este camino corre peligro, no obstante, de conducir a

²² A. Cameron, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía (395-600)*, Barcelona, 1998, 22.

²³ J. A. Tainter, *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge, 1988. Cfr., *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Gonzalo Bravo (Coordinador), «Introducción. La caída del Imperio Romano: aproximación historiográfica», Madrid, 2001, XXIII y XXIV.

²⁴ «Esta tesis soslaya a primera vista la dificultad de confundir la explicación de los cambios con la descripción de los mismos. Pero no está muy claro si realmente lo logra o no, ni hasta qué punto cabe explicar semejante teoría al imperio romano... Otro de los peligros que comporta este tipo de explicaciones generales es que con frecuencia no tiene en cuenta las variables históricas reales, pues si por una parte puede resultar muy útil compara el imperio romano con otros sistemas imperiales, lo cierto es que constituía una sociedad totalmente sui generis, cuya cohesión era mantenida por un delicadísimo equilibrio de factores diversos cuya naturaleza todavía están intentando comprender los historiadores.» (A. Cameron, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía (395-600)*, Barcelona, 1998, 211-212.).

²⁵ *Barbarians and Romans A.D. 418-584. The Techniques of Accommodation*, Princeton, 1980.

²⁶ Entendiendo por ésta la que se refiere tanto a la existencia de enemigos que actúan desde el exterior como de aquellos otros que lo hacen desde el interior y que han sido analizados, estos últimos, por R. Macmullen, *Enemies of the Roman Order*, Cambridge, Mass., 1966. Id., *Corruption and the decline of Rome*, Yale, 1988. Para G. Bravo en Gibbon desaparece la tesis *hostilista* ya que «el Imperio habría subsistido demasiado y sería derribado por el peso de su propia estructura»: Id., «Revolución y «Späntantike»: Problemas de Método en el Análisis Histórico de la Sociedad Tardorromana», *Zephyrus*, XXVI-XXVII, 1976, 447.

²⁷ Cfr., *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Gonzalo Bravo (Coordinador), «Introducción. La caída del Imperio Romano: aproximación historiográfica», Madrid, 2001, XVI.

²⁸ Cada autor podía hacer su propia jerarquía en este sentido.

una *pluralidad* sin límite. Y, sin embargo, cualquiera suscribiría la necesidad de huir del simplismo y de reducirlo todo a un solo factor²⁹, aunque a veces también sea necesario, a riesgo de caer en una visión algo sesgada, fijarse en un conjunto de aspectos, de naturaleza semejante, y que se consideran de mayor relevancia³⁰.

Tampoco se ha de perder de vista que incluso desde Tácito³¹ existe cierta conciencia de *decadencia* que la observamos en Amiano Marcelino, un autor tardío³², y que la apatía y la resignación, en algunos casos de índole cristiana, lo domina todo³³. Existe, se diría, *conciencia* de que lo mejor ha pasado y que el bárbaro todo lo *invade* hasta en detalles que pasan por el vestido y la moda³⁴.

Recientemente dos autores han retomado el tema de la *caída* del Imperio Romano. Sobre tales³⁵ haremos, a continuación, algunas indicaciones.

Ninguno de los dos ha eludido el término *caída* para el final del Imperio Romano de Occidente. Ambos parecen mantenerse firmes en la importancia que se ha de otorgar (¿de nuevo?) a las *penetraciones* bárbaras (si se quiere huir del término más clásico de invasiones). Con ello, cabe pensar, especialmente en el caso del segundo, que se oponen con firmeza al planteamiento de la *transformación* y que, por contrapartida, reconocen abiertamente, tanto la importancia de la presión bárbara y del peligro huno como desencadenante de todo el movimiento de pueblos (en el caso de P. Heather), como del declive material de una civilización que sufre, en el siglo v d.C. (y especialmente en el caso de *Britannia*) un bache muy profundo (para B. Ward-Perkins). Obviamente no es fácil conciliar tales planteamientos con algunos de los expuestos [de (P.R.L.) Brown o W. Goffart] más arriba.

Frente a la hipótesis de la *transformación*, es decir, el paso progresivo (sin rupturas) de un mundo antiguo a otro medieval (o, si se quiere, altomedieval), a través de una Antigüedad tardía que le sirve de puente, con asentamientos de bárbaros, pactados con las autoridades romanas dentro de las fronteras del Imperio, se impone la pregunta de si realmente hubo o no *ruptura*, y si ésta fue el resultado de una crisis profunda que afectó a la parte más occidental del Imperio (aunque no de forma exclusiva), provocando así su definitivo hundimiento y caída (s. v d.C.).

²⁹ J.J. Sayas, «La conciencia de la decadencia y caída del Imperio por parte de los romanos», M. Fernández-Galiano y otros, *La caída del imperio romano de occidente en el año 476*, Madrid, 1980, 44.

³⁰ Este es el caso de determinado autor que centra su atención en los aspectos militares, no por ello desdeñables, aunque no se esté necesariamente de acuerdo en todas y cada una de sus apreciaciones: A Ferrill, *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*, Madrid, 1998.

³¹ N. Santos Yanguas, «Tácito y la decadencia del Imperio», *Emerita*, L, 1, Madrid, 1982, 17-32.

³² F.J. Armario, *Romanos y bárbaros en las fronteras del Imperio romano según el testimonio de Amiano Marcelino*, Madrid, 2006.

³³ J.J. Sayas, «La conciencia de la decadencia y caída del Imperio por parte de los romanos», M. Fernández-Galiano y otros, *La caída del imperio romano de occidente en el año 476*, Madrid, 1980, 55.

³⁴ J.L. Murga, *La moda bárbara en la decadencia romana del siglo IV*, Pamplona, 1973.

³⁵ P. Heather, *La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006. B. Ward-Perkins, *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2007.

Si prescindimos de los hechos que exponen las fuentes y que han sido, sin ir más lejos, analizados en profundidad en el caso de Hispania³⁶, y no tenemos en cuenta la inestabilidad que se produce ya desde comienzos del siglo V (y anteriormente con el grave precedente de la batalla de Adrianópolis³⁷ [378 d.C.]), es decir, de todo un conjunto de acontecimientos que hablan por sí solos: de irrupción de pueblos bárbaros (godos, suevos, vándalos y alanos, preferentemente), de inestabilidad como resultado de tales penetraciones, de merma progresiva de territorios en Occidente, de dificultades por recomponer los cuadros de un ejército profesional en declive, de falta de numerario para pagar a las tropas, de crisis fiscal que hace imposible la recuperación de unas agotadas finanzas que hubieran permitido el pago de nuevas levadas, y asegurado el orden y la distribución de productos destinados a consumidores habituados a una época de bienestar..., situación que converge intensa y *dramáticamente* ya desde el reinado de Honorio (395-423 d.C.), prescindiendo, por lo tanto de todo lo anterior, es posible, contemplar las cosas quizá desde otra *perspectiva*. Y aunque no faltaron oportunidades para enderezar aquella coyuntura crítica, tanto durante el reinado de este último emperador (aunque no debido quizá a su *voluntad* política), como en momentos posteriores (y consta que se hicieron esfuerzos notables en tal sentido), el declive fue más fuerte que los (¿desesperados?) intentos por salir del profundo bache, en el que paulatinamente se iba hundiendo (y, al parecer, sin remedio) la *pars Occidentis* y su vieja capital, Roma³⁸, que había dejado de ser sede imperial. En el 410 d.C., por vez primera en la etapa imperial, la *Urbs* era ocupada durante tres días consecutivos por los godos y su caudillo Alarico. El impacto emocional (aunque se le quiera restar *trascendencia* al hecho) tuvo que ser fuerte, como lo refleja San Jerónimo³⁹ desde Jerusalén.

La interpretación basada en la idea de la *transformación* ha sido firme e irónicamente criticada por B. Ward-Perkins⁴⁰. Este autor apoya en sus reflexiones decididamente los efectos negativos de la entrada de pueblos *bárbaros*⁴¹.

³⁶ J. Arce, *El último siglo de la España romana (284-409)*, Madrid, 1986. Id., *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Madrid, 2005.

³⁷ A. Barbero, *El día de los bárbaros. La batalla de Adrianópolis, 9 de agosto de 378*, Barcelona, 2007.

³⁸ Desde el emperador Diocleciano (284-305) Roma, aunque siga siendo sede del Senado, deja de ser capital administrativa del Imperio.

³⁹ [«La más brillante luz del orbe entero se ha extinguido; le ha cortado, de hecho, la cabeza al Imperio romano. Por decirlo claramente, el mundo entero ha muerto con una Ciudad»] (Ezequiel, I *Praef.* y III *Praef.*).

⁴⁰ «Es la imagen de un organismo dinámico que evoluciona para hacer frente a nuevas circunstancias. Algo bien alejado del punto de vista tradicional, según el cual al grandioso dinosaurio romano lo destruye una catástrofe que, sin embargo, deja vivos a unos cuantos mamíferos diminutos de la Edad Oscura que, con los siglos, irán evolucionando muy despacio hasta convertirse en las sofisticadas criaturas del Renacimiento» (Id., *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2007, 19)

⁴¹ «Al estar convencido de que la llegada de los pueblos germanos fue muy desagradable para la población romana, y de que los efectos a largo plazo de la disolución del imperio fueron dramáticos, me veo obligado a enfrentarme a estos puntos de vista» (Id., *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2007, 27).

El hecho de que se admita que hubo irrupción *violenta* en una etapa determinada (a partir de los años 376/378 d.C.) de ninguna manera supone cargar las tintas sobre el componente negativo y la visión parcial y extrapolada que del *bárbaro* tenía el romano⁴². Y aunque consideremos que se trata de una visión parcial y política, cargada de intencionalidad, y no un simple *topos* retórico⁴³, lo cierto es que el hecho de apoyar la idea de una aceleración o de una caída brusca tampoco está, *a priori*, en contradicción con la teoría que defiende la transformación, entendido (eso sí) como factor a largo plazo, siempre y cuando no se quiera negar (en Occidente, ya que Oriente resiste aunque también *padece* las incursiones) lo que es evidente (y transmiten las fuentes literarias con su conocida carga retórica, lo que no invalida la veracidad global del mensaje), es decir el colapso político y fiscal de un espacio en declive, a punto de derrumbarse, y que territorialmente sufre mermas constantes que es lo que ha querido exponer, a mi entender, P. Heather. Este autor, como se deduce de la lectura de buena parte de los capítulos de su sólida obra⁴⁴, concede gran importancia a las migraciones y presiones bárbaras (lo que no invalida tampoco los brutales ataques-respuesta⁴⁵ del romano en el *limes*). Pero, sobre todo, la cuestión se contempla teniendo en cuenta la sucesión de acontecimientos (políticos y militares) que las fuentes literarias no silencian.

Obviamente resulta difícil dar con el punto *medio* y si no es acertado negar el contacto entre ambos mundos (el romano y el bárbaro)⁴⁶, tampoco lo es el eludir el *choque* en el momento en el que este se produce (s. V d.C.). Son aspectos contrapuestos y, de hecho, ambos tuvieron lugar. Tampoco sería acertado reducirlo todo al enfrentamiento entre Roma y los pueblos indígenas propio de los momentos de conquista y, posteriormente, no atender a la paulatina integración de aquellas poblaciones, una vez concluida la ocupación. Y éste es un fenómeno ge-

⁴² Véanse las consideraciones sobre esta visión sesgada hacia el bárbaro: A. Chauvot, *Opinions romaines face aux barbares au IV siècle ap. J.-C.*, París, 1998, 147 y ss. Cfr., R. Sanz Serrano, «Las penetraciones bárbaras», *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Gonzalo Bravo (Coordinador), Madrid, 2001, 44 y ss.

⁴³ F. Javier Gómez Espelosín, A. Pérez Largacha y M. Vallejo Girvés, *La imagen de España en la Antigüedad Clásica*, Madrid, 1995.

⁴⁴ *La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006.

⁴⁵ Véase, por ejemplo: F.J. Guzmán Armario, «¿El poder de los límites o los límites del poder? Reflexiones sobre las fronteras del mundo romano», *RAMPAS*, 4, 2001, 290-291.

⁴⁶ P. Heather (*La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006, 19 y ss.) ha mostrado acertadamente el tiempo que separaba a César del viaje a Tréveris del senatorial Símaco (invierno del 368-369 d.C.), junto a los efectos de la asimilación, haciendo, a su vez, resaltar el esfuerzo militar romano a partir del siglo III d.C. frente a Persia (especialmente a raíz del ascenso de los sasánidas y la consiguiente derrota de Valeriano por Sapor I, como refiere este último en su *Res Gestae Divi Saporis* [Naqhh-e Rostam]), y, por otro lado, el paulatino desarrollo experimentado por los *bárbaros* de mas allá del Danubio, hecho que posibilitó la mejora agraria, el desarrollo de determinadas industrias y artes aplicadas (vidrio, cerámica, orfebrería), junto al crecimiento de la población y el auge de unas elites guerreras, en una frontera abierta, no sin fricciones. Todo ello, vino a reflejar, según este mismo autor, cambios *sustanciales* a tener en cuenta y que, sin lugar a dudas, separaban profundamente la época de Símaco de las luchas mantenidas por César contra los galos, y de los legados de Augusto y Tiberio contra los germanos (especialmente la derrota de Varo por Arminio en el 9 d.C. en la quebrada de Kalkriese-Niewedde) y que, en definitiva, supusieron todo un proceso de contactos y de intercambios. Desde este punto de vista la *transformación* es evidente.

neral que se da en todo Occidente entre los siglos III a.C. al I-II d.C. Si hablamos de *resistencia*, también debe valorarse la posterior *integración*. Además el hecho económico, es decir la configuración de un mercado amplio y su hundimiento (por lo menos en Occidente) es una cuestión, por otro lado, muy a tener en cuenta, como se ha señalado recientemente⁴⁷.

II

No es posible, como hemos visto, dar una respuesta breve a una cuestión ya, de por sí, compleja y difícil.

La mayoría de los historiadores están de acuerdo en valorar el año 476 d.C. como un punto de referencia, una fecha⁴⁸ simbólica, pero poco más⁴⁹. Supongo que, por otra parte, muy pocos estarían dispuestos a defender la trascendencia histórica de un año *intrascendente*, que pasó además desapercibido a los contemporáneos. La deposición de Rómulo Augústulo, tras las ejecuciones de su padre Orestes y de su tío Pablo, durante el verano de aquel 476 y el envío de las vestiduras imperiales a Zenón [473-491 d.C.], emperador de Oriente, por parte del esciro Odoacro, rey de Italia [476-493], es un acontecimiento que se agota en sí mismo, que tiene, a lo más, el carácter de símbolo, de referencia puntual y poco más.

No es que se deba infravalorar la historia de los acontecimientos. De hecho nada o casi nada puede escribirse al margen de tales acontecimientos. Es preciso,

⁴⁷ Recientemente, y al hilo de esta cuestión, B. Ward-Perkins señala al respecto: «*En mi opinión, el elemento interno clave para el éxito o fracaso de Roma era el bienestar económico de sus contribuyentes. El motivo es que el imperio había puesto su seguridad en manos de un ejército profesional, que a su vez dependía de una financiación adecuada. El ejército romano del siglo IV contaba quizá hasta 600.000 soldados, todos los cuales debían recibir un sueldo, un equipo y unos víveres. El número de efectivos armados, así como la calidad de la instrucción militar y el equipo que era posible otorgarles venía determinado por la suma de dinero disponible para ello. Como en un estado moderno, los impuestos que pagaban decenas de millones de individuos civiles financiaban un cuerpo defensivo de élite, compuesto por combatientes con dedicación exclusiva. De esta forma, una vez más como en un estado moderno, la fuerza del ejército estaba estrechamente vinculada a la buena marcha del sistema de cobro de impuestos que los sostenía. De hecho, esta relación era en tiempos de Roma bastante más estrecha de lo que es hoy. El gasto militar era de lejos la parte más amplia del presupuesto imperial, y no había otros apartados significativos del estado, como «Sanidad» o «Educación», cuyos gastos pudiesen recortarse a favor de los de «Defensa» en caso de necesidad, ni existían entidades de crédito que permitiesen al imperio obtener sumas cuantiosas de dinero ante una emergencia. La potencia militar dependía del cobro inmediato de los impuestos»*: *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2007, 69.

⁴⁸ El Imperio de Occidente pudo acabar definitivamente en la primavera del 480 d.C., al morir Julio Nepote asesinado en Dalmacia, pues, destronado Rómulo Augústulo (septiembre, 476 d.C.), aquel seguía siendo emperador oficial (nombrado en junio del 474): M. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, Madrid, 2002, 635.

⁴⁹ J. José Sayas, «La conciencia de la decadencia y caída del imperio por parte de los romanos» en M. Fernández-Galiano y otros, *La caída del imperio romano de occidente en el año 476*, Madrid, 1980, 43-65. A mediados del siglo XVIII, el Prof. Gatterer (*Handbuch der Universalhistorie*, 1761), señala el final de la Antigüedad para tal año (el 476 d.C.): G. Bravo Castañeda, *Revolución y «Spätantike»*: Problemas de Método en el Análisis Histórico de la Sociedad Tardorromana, *Zephyrus*, XXVI-XXVII, 1976, 445-446.

no obstante, guardar el oportuno equilibrio entre un conjunto de sucesos (que sí pueden tener un valor indicativo) y un acontecimiento aislado, cuyo valor, en el caso de que lo tuviera, no se agota en sí mismo, sino que se ha de considerar dentro de un *conjunto*, es decir en relación con otros, tanto anteriores como posteriores.

Sirva de muestra el hecho de que resulta mucho más significativo observar cómo, entre los años 455 al 475/76 d.C., y lo largo de una veintena de años⁵⁰, se suceden nueve emperadores insignificantes: Petronio Máximo [455], Avito [455-456], Mayoriano [457-461], Libio Severo [461-465], y tras un interregno de diecisiete meses, Antemio [467-472], Olibrio [472], Glicerio [473-474], Julio Nepote⁵¹ [474-475] y, por último, Rómulo Augústulo [475-476]. La corta duración de sus reinados, el escaso tiempo en el que tales emperadores portaron la púrpura habla por sí solo, y éste constituye su dato más *relevante*.

¿Qué había sido del Imperio de Augusto, de sus posibilidades y *límites*⁵²?

Desde su constitución inicial (27 a.C.), el Imperio, tras la *pax augustea*⁵³, no se vio libre de serias y peligrosas crisis.

Así, pocos meses antes de la muerte de Nerón⁵⁴ (68 d.C.), estalló una de especial relevancia, que llevó en el 69, al año de los cuatro emperadores (Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano). De esa crisis Roma salió fortalecida con la dinastía flavia, iniciada por Tito Flavio Vespasiano, buen general antes de acceder al trono, emperador diligente [70-79 d.C.], eficaz administrador, hombre práctico y capacitado. Después le sucedieron su hijo Tito [79-81 d.C.], y a éste, su hermano Domiciano [81-96 d.C.], quien acabó siendo víctima de una conjura palacial como respuesta a la atmósfera de angustia, odio y terror⁵⁵ que rodeó a su persona, por lo que su recuerdo quedó borrado (*damnatio memoriae*). Pero, a partir de Nerva, y con el gran emperador hispano Trajano⁵⁶ (98-117 d.C.), el Imperio alcanza su máxima expansión. Con los Antoninos y a lo largo del siglo II d.C., Roma vive su época más dulce⁵⁷, momento de su máximo apogeo y esplendor, situación idílica que comienza a perfilarse imposible bajo el mandato conjunto de Marco Aurelio y Lucio Vero, y luego sólo bajo el emperador-filósofo⁵⁸ (161-180 d.C.), quien, muy a

⁵⁰ Para estas cuestiones, con cierto detalle: G. Fernández, «La crisis de Imperio Romano de Occidente (454-476 d. de C.)», *Revista de Arqueología*, n.º 314, 2007, 56-63.

⁵¹ Para los dos últimos reinados, el de Julio Nepote y Rómulo Augústulo: G. Fernández, «La agonía del Imperio Romano de Occidente», *Gerión*, 23, 1, 2005, 325-328.

⁵² F.J. Guzmán Armario, «¿El poder de los límites o los límites del poder. Reflexiones sobre las fronteras del mundo romano», *RAMPAS*, 4, 2001, 285-304.

⁵³ R. Syme, *La revolución romana*, Madrid, 1989. J.M. Roldán, J.M.ª Blázquez y A. del Castillo, *Historia de Roma, II, El Imperio Romano (Siglos I-II)*, Madrid, 1989, 75 y ss. J. Le Gall, M. Le Glay, *El Imperio Romano. El alto imperio desde la batalla de Actium (31 a.C.) hasta el asesinato de Severo Alejandro (235 d.C.)*, Madrid, 1995, 33 y ss. M. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, Madrid, 2002, 23 y ss.

⁵⁴ P. Fernández Uriel y L. Palop, *Nerón. La imagen deformada*, Madrid, 2000.

⁵⁵ R.F. Martín, *Los doce Césares. Del mito a la realidad*, Madrid, 1998, 352 y ss.

⁵⁶ J. Alvar, J. M.ª Blázquez (Eds.), *Traiano*, Madrid, 2003.

⁵⁷ Alguna indicación sobre la *humanitas* y el Imperio humanístico: M.ªJ. Hidalgo de la Vega, «Algunas reflexiones sobre los límites del *oikoumene* en el Imperio Romano», *Gerión*, 23, 1, 2005, 276-278.

⁵⁸ P. Grimal, *Marco Aurelio*, Madrid, 1997.

su pesar, debe dedicarse a contener a los bárbaros (marcomanos, entre otros) en el *limes*.

¿Se acabó la ilusión de un Imperio en paz?

A la muerte de Cómodo (31-XII-192 d.C.) sobreviene, en el 193 d.C., y con los asesinatos de P. Helvio Pértinax⁵⁹ y de M. Didio Juliano, una situación pareja a la de los años 68-69 d.C., que terminó el día en el que el enérgico Septimio Severo se impuso a Clodio Albino y consolidó, con ello, el trono (197 d.C.). Él y sus descendientes (Geta y Caracalla, Caracalla sólo, Macrino, Heliogábalo y Alejandro Severo) dieron un respiro al Imperio (197 a 235 d.C.), y a lo que vendría después, tras el asesinato de Maximino el Tracio [235-238 d.C.] y de su hijo en Aquileia: la profunda crisis del siglo III⁶⁰ y su secuela de violencias y enfrentamientos constantes, con los bárbaros en las fronteras, asesinatos de emperadores y usurpaciones sin par, tal y como refleja la Historia Augústea.

¿Cuándo comienza el final?

C. Valerio Diocles (Diocleciano) salvó el Imperio un siglo más no sin contar con el esfuerzo de otros que le precedieron (los emperadores Aureliano y Probo, especialmente)⁶¹. La crisis del siglo III se caracterizó por la intromisión constante del ejército (pretorianos y legionarios), del uso abusivo de la espada a la mínima de cambio, generando inestabilidad e inseguridad internas. A ello, se suman las presiones bárbaras, el anuncio de lo que luego, a comienzos del siglo V, iba a ser imparable: el desmoronamiento del Imperio en su parte occidental, algo que no se pudo evitar (?). Durante el siglo III el momento de máximo peligro coincide con los reinados de Valeriano y de su hijo Galieno (253 a 268 d.C., para ambos). El Imperio, en su defensa frente al enemigo externo, estuvo a punto de fragmentarse en sus extremos más sensibles: Galia y Oriente. De esta situación saca al Imperio el divino Aureliano⁶² con cinco años de política firme y voluntad férrea (270-275 d.C.).

Al peligro exterior se añadía la ambición de generales aspirantes a la púrpura (la treintena de usurpadores de la Historia Augústea⁶³). Y en aquel momento ocurrió algo que se iba a repetir tras la muerte del emperador Teodosio (395 d.C.) y la consiguiente *partitio Imperii*, la suma nefasta del peligro externo e interno como se-

⁵⁹ J.A. Garzón Blanco, *El emperador Publio Helvio Pertinax y la transformación política del año 193*, Málaga, 1990.

⁶⁰ J. Fernández Ubiña, *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Madrid, 1981.

⁶¹ J. Rodríguez González, «Las carreras militares de los emperadores romanos antes de acceder al trono. II: la anarquía militar y el siglo IV (235-395)», *HAnt.*, XX, 1996, 375-379.

⁶² K. Gross, «Aurelianus», *RLAC I* (1950), 1004-1010. L. Homo, *Essai sur le règne de l'empereur Aurélien*, Roma, 1967. E. Cizek, *L'empereur Aurélien et son temps*, París, 1994.

⁶³ [Ciriades, Póstumo, Póstumo el Joven, Loliano, Victorino, Victorino el Joven, Mario, Ingenuo, Regaliano, Aureolo, Macriano, Macriano el Joven, Quietos, Odenato, Herodes, Meonio, Balista, Valente, Valente el Viejo, Pisón, Emiliano, Saturnino, Tétrico el Viejo, Tétrico el Joven, Trebeliano, Hereniano, Tímolao, Celso, Zenobia*, Victoria*, Tito y Censorino. (* y dos mujeres)]. Trebelio Polión, *Los Treinta usurpadores (Tyranni triginta)*, HA (Ed. V. Picón y A. Cascón), Madrid, 1989, 547 y ss.

ñala Orosio⁶⁴: penetraciones bárbaras desde el exterior y usurpaciones en el interior (¿la doble tesis *hostilista*?).

¿Estaba en peores condiciones Roma, una vez ratificada la división imperial (que ya existía *de facto* antes), a comienzos del siglo V que a mediados del III? ¿Fueron más peligrosas y persistentes las penetraciones del siglo V, comparadas con las que asolaron las fronteras romanas durante el III? ¿No se salvó acaso Roma, en el siglo III, del peligro del *doble frente* (Danubio y Oriente) y por qué, a comienzos del siglo V, sólo Occidente, no fue capaz de soportar la presión bárbara sobre el Rin y la Galia?

Los motivos no están únicamente en un solo factor ya que hay que tener en cuenta las transformaciones experimentadas por las sociedades bárbaras⁶⁵ entre los siglos I al V d.C. Sería también necesario incidir en la gravedad de las usurpaciones⁶⁶ puesto que no todas tuvieron ni la misma incidencia ni provocaron los mismos y perturbadores efectos.

⁶⁴ «De repente, con el consentimiento de Dios, se sueltan por todas partes los pueblos que habían sido convenientemente colocados y puestos alrededor de las fronteras del Imperio y, rotos los frenos, se lanzan contra todos los territorios romanos. Los germanos, tras atravesar los Alpes, Retia y toda Italia, llegan a Rávena [...] los partos toman Mesopotamia y arrasan Siria [...] Y para que no escapase de este despedazamiento ninguna parte del cuerpo romano, en el interior conspiran los usurpadores, resurgen las guerras civiles, se derrama por todas partes gran cantidad de sangre romana en la cruel lucha entre romanos y bárbaros...» [Oros., VII, 22, 7-9].

⁶⁵ Sobre los efectos de la transformación de los pueblos germanos al contacto con Roma: P. Heather, *La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006, 116 y ss.

⁶⁶ Existen dos modelos o vertientes de usurpación, la retroactiva (usurpación *ex post*) y la que tiene lugar durante el gobierno del príncipe reinante (usurpación *ex nunc*). Al soberano al que se le deslegitima de poder tras su desaparición física, las más de las veces violenta (como fue el caso de Domiciano), se le aplica la *damnatio memoriae*, quedando así su recuerdo borrado para el futuro (*ex post*). El primer modelo fue el habitual durante la etapa altoimperial, mientras que el segundo se concentra en los siglos III y IV d.C., que es el que aquí más interesa. El fenómeno de la usurpación tiene en parte su origen en la carencia de un mecanismo legal que asegure la transmisión del poder, aspecto que tampoco alcanza su forma estable en el siglo II d.C. (emperadores adoptivos), o que, en todo caso, funciona mientras dura esa época *dorada*. No obstante, y en el momento que aquí nos ocupa, la usurpación aparece vinculada a las presiones bárbaras, a la respuesta de un poder basado en la espada y que trata de asegurar, ambiciones personales añadidas, las fronteras haciéndose con una parcela de poder sobre ellas en momentos de debilidad del poder imperial. Esto ocurre sobre todo durante el reinado de Galieno [253-268], al quedar el Imperio queda dividido en tres zonas: occidental (Póstumo), oriental (Odenato, luego Zenobia) y central (Galieno). Además, el usurpador trata forzosamente de legitimar sus situación para evitar aparecer como simple *tyrannus* y ser calificado en términos despectivos (*latro*, *latrunculus*, *grassator*, *praedo*, *pirata*...). El ejemplo, entre otros, del usurpador Máximo, alzado por sus tropas (Zósimo, IV, 35, 4-6) contra Graciano [375-383], descontentas estas últimas por el supuesto trato de favor dado por el emperador a tropas alanas incorporadas al ejército romano (Zósimo, IV, 35, 2), nos sitúa ante un problema de rencillas, lealtades enfrentadas y *barbarización* del ejército (cuestión, no obstante, que se ha de tratar con cautela). Por otro lado, el usurpador, especialmente entre el 380 y el 392 d.C., en época de Teodosio I [379-395], precisará de la consideración de príncipe cristiano (*fides cristiana*). Para estas cuestiones: M.^a Victoria Escribano, «Usurpación y religión en el siglo IV d. de C. Paganismo, cristianismo y legitimación política» en *Cristianismo y aculturación en tiempos del Imperio Romano*, Antig. crist. (Murcia) VII, 1990, 252-255. Vid., también: F. Paschoud, «Le tyran fantasmé: variations de l'Histoire Auguste sur le thème de l'usurpation», 87-98 y R. Delmaire, «Les usurpateurs du Bas-Empire et le recrutement des fonctionnaires, les partages de l'Empire et la chronologie des combinaisons dynastiques», 111-126 en F. Paschoud y J. Szidat (Hrsgg.), *Usurpationen in der Spätantike: Akten des Kolloquiums*, Historia, 111, Stuttgart, 1997.

III

¿Hundimiento brusco o proceso dilatado?

En el análisis de eso que tradicionalmente se ha venido en denominar *caída* del Imperio Romano (*pars Occidentis*) hace tiempo que las cosas no se ven como cuando se interpretaban resultado de unas *invasiones* devastadoras, que arrasaban con todo lo que encontraban a su paso, tal y como nos lo transmite, sin ir más lejos, el cronista Hidacio⁶⁷. Ahora, el perfil que se busca es, por fuerza, más matizado, si bien aunque hablemos de *penetraciones* (en lugar de invasiones) o de *inmigraciones* (en lugar de migraciones), se sigue valorando el peso de los factores internos, por un lado, y de las fuerzas exógenas, por otro, y se debate si se produjo o no un *colapso*⁶⁸, si el desmoronamiento fue más o menos rápido o si, por el contrario, todo fue debido a un proceso más bien dilatado (o muy dilatado) en el tiempo.

Aunque esta cuestión pueda ser contemplada a largo plazo, como proceso, tampoco puede infravalorarse la idea de *ruptura*, que ésta tuviera lugar durante el reinado de Honorio [395-423 d.C.], y que para entonces, las estructuras político-administrativas, territoriales y fiscales (a la par que el propio ejército), estuvieran lo suficientemente dañadas como para hacer imposible o, en todo caso, poco probable su recuperación. Nos movemos, por lo tanto, en el resbaladizo terreno de las especulaciones.

Tras el hispano Teodosio, el Imperio carece de unidad, de dirección y de un emperador en sentido estricto⁶⁹ (si bien este problema ya se anuncia a partir de la crisis del siglo III con las usurpaciones, y la dualidad Occidente-Oriente es ya realidad palpable con Valentiniano I [364-375] y Valente [364-378] respectivamente, emperador —este último— que pierde la vida en Adrianópolis [378 d.C.], batalla, por otro lado, mal planteada y peor resuelta).

Pero parece en cierta medida la época de Honorio la que ofrece un camino de no retorno. Es entonces cuando asoma un deterioro importante, y en el límite de los años 405-406-407 d.C., aunque no todo esté perdido, el cambio de rumbo resulta evidente, porque, además, ese rumbo no se puede rectificar visto, por lo menos, *a posteriori*.

En aquellos años se agudiza el doble peligro: penetraciones bárbaras (entrada de los godos de Radagaiso en Italia; suevos, vándalos y alanos sobre el Rin) y usurpaciones (*Britannia*). El panorama se torna así desalentador ante un emperador (Honorio) que acepta a regañadientes a su *magister militum*, Estilicón, para el que tiene sus reservas, si no alimenta desconfianza hacia una hipotética traición hacia su persona.

⁶⁷ Hydace, *Chronique*, I-II, Introduction, texte critique, traduction (A. Tranoy), París, 1974.

⁶⁸ G. Bravo Castañeda (Coordinador), «Introducción. La caída del Imperio Romano: aproximación historiográfica», XIII y, *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa*, Madrid, 2001.

⁶⁹ Se ha responsabilizado seguramente en exceso a Teodosio de la *partitio Imperii*: A. Ferril, *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*, Madrid, 1998, 125.

Honorio actúa de forma pusilánime. Se refugia en Ravena. No reside en Roma. A Estilicón se le acusa de haber ayudado a los bárbaros⁷⁰, pero este testimonio no encaja demasiado bien con lo que sabemos del mismo. El hecho de la presencia de bárbaros (o hijos de bárbaros) en el ejército romano no es necesariamente síntoma de infidelidad o de decadencia⁷¹. No parece pueda dudarse de la fidelidad de tales militares sino más bien a la (mala) costumbre de interferir en el poder real, o la poca consistencia de ese mismo poder, apoyado excesivamente en la espada (el ejército), dependiente del mismo, y que cuando emerge de las sucesivas crisis (68/69 y 193/197 d. C), lo hace siempre a través del uso de la fuerza. El problema es que ahora ese mismo poder militar está en decadencia y no necesariamente por *barbarización*.

No pasa desapercibida la falta de *legitimidad* constitucional del sistema político imperial romano, que no supo articular un mecanismo de sucesión estable (la *adoptio* de los emperadores del siglo II d.C. fue una ilusión), que dependió demasiado de la fuerza militar (las legiones) y del golpismo de los pretorianos, y que estuvo expuesto, al protagonismo de unos y de otros.

El ejército romano, se convierte así en *grandeza y miseria* de Roma, instrumento que hizo posible su expansión, que dio solidez y poder a una época (siglos III a.C.-II d.C.), y que, por falta de adecuada dirección (crisis interna) le fue privando de ella (siglos III-IV d.C.) hasta provocar su ruina, en un momento (s. V d.C.), en el que quizá no *supo* estar a la altura que las circunstancias requerían. Pero esa *impotencia* del ejército fue también el resultado de la crisis financiera y de la falta de numerario. Así el ejército mal dirigido (y enfrentado entre sí) resultó también insuficiente frente a las fuerzas exteriores. Cada vez más limitado, por falta de financiación se debilitó paulatinamente, y sin *seguridad* tampoco se podía mantener el Imperio, ya que éste dependía de aquel.

El ejército de Occidente fue sufriendo graves pérdidas, desde comienzos del siglo V, y entre los años 411 al 420 d.C. los éxitos parciales de Flavio Constancio (y posteriormente los de Aecio) se vieron al parecer seriamente limitados por la pérdida, ya irreparable, de territorios, especialmente en Galia e Hispania⁷².

De ahí que la doble y fatal conjunción (usurpaciones y presiones bárbaras) se muestren como caras de una misma moneda (y muchas usurpaciones fueron el resultado de la gestión ineficaz en las fronteras, junto a ambiciones personales por acceder a la púrpura). El resultado final es que el Imperio, por su parte más débil, Occidente, con una ciudad (Roma), que está expuesta al asalto (no excesivamente cruento) de Alarico (410 d.C.), es la parte que cede y sucumbe.

En este proceso pueden tomarse unas referencias cronológicas u otras, pero el resultado es el mismo: el final de toda una época. El siglo IV d.C. es, para Hispania, el último de la época romana. El siglo V es ya una etapa diferente, de transformación

⁷⁰ Oros., VII, 37, 1 y 38, 1.

⁷¹ A. Ferril, *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*, Madrid, 1998, 127 y ss.

⁷² P. Heather, *La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006, 317 y ss.

y asentamiento de nuevos *inquilinos* bárbaros en la Península⁷³. Y en la *diocesis Hispaniarum*, para determinado autor⁷⁴, la decadencia urbana es un hecho ineludible.

El asentamiento de bárbaros dentro del Imperio es, a su vez, otra clave para interpretar esa *decadencia*. No era ésta una cuestión nueva pero lo que se produce a partir del 406 d.C. en *Gallia* tiene mal cariz, sobre todo porque a Roma la situación se le va de las manos y porque, con el paso del tiempo, se torna definitiva e irreversible.

Muchos años más tarde el godo Eurico, tras eliminar a Teodoredo II, da paso a un poder independiente y definitivo (469 d.C.). Desde ese momento se intensifica la sucesión de emperadores sin poder [años 476-480 d.C.].

Todo un conjunto de esfuerzos acabaron fracasando Los intentos de Estilicón (aunque frena con éxito la entrada en Italia del godo Radagaiso al que derrota y ejecuta en Fiésole, 405-406 d.C.), frente a Alarico, al que no consigue *encauzar* adecuadamente, se malograron; igualmente los de Flavio Constancio, jefe militar y dueño del Imperio entre el 411 y el 421 (año, este último, en el que obtiene la púrpura y muere), a pesar de que acaba con la secuela de peligrosas usurpaciones (Constantino III y su hijo Constante, sin olvidar a Geroncio y Máximo⁷⁵); y finalmente, los de Aecio, el *último romano*, entre los años 433 al 454 d.C., en el momento más grave de la presencia de Atila, jefe supremo de los hunos (440-453), y Ricimero, por último, entre el 461 y el 472 d.C., resultaron estériles todos ellos, pues no obtuvieron el objetivo perseguido que hubiera sido: recuperar los territorios en manos de los bárbaros y reconstruir la unidad territorial de Occidente.

No obstante, en algún momento es posible se hubiera podido salir de aquella inflexión, si bien parcialmente, ya que la presencia bárbara, a partir del 406 dentro del Imperio, en Occidente, era una cuestión no resuelta. Los motivos pudieron haber estado en la falta de medios o de *nervio* político, crisis de la que no se supo salir por falta de una actuación rápida, debido a las *ambiciones* de Estilicón (que tenía puesta su atención en Oriente, pues el emperador Arcadio había fallecido en el 408 d.C. y eso distrajo esfuerzos y unidad de acción), y debido posiblemente a la inveterada *desconfianza* de Honorio hacia un jefe militar que le había sido impuesto en el lecho de muerte de su padre Teodosio. Es posible también que exista un momento en el que todo estaba ya perdido, como apunta Heather⁷⁶.

⁷³ J. Arce, *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Madrid, 2005, 284.

⁷⁴ Todo un conjunto de indicios vendrían a confirmar tal hecho: la erección de murallas por motivos de seguridad (o ante el temor de lo que venía ya ocurriendo desde el siglo III d.C. en el *limes*), la reducción de sus respectivos perímetros urbanos, el abandono de espacios públicos (*fora*), de infraestructuras de primera necesidad (cloacas y acueductos), reducción drástica de la labor ejercida por los evergetas y de actividades artísticas (labor escultórica y musivaria), huida al campo y afianzamiento de las *villae* y de ejércitos privados en manos de los *possessores*, entre otros: F. J. Gómez Fernández, «La decadencia urbana y bajoimperial en la diócesis Hispaniarum: la primacía del argumento del declive, sobre el de la metamorfosis ciudadana», *HAnt.*, XXX, 2006, 172 y ss.

⁷⁵ F.J. Sanz Huesma, «Un oscuro episodio de la historia política de Hispania en el siglo V: la supuesta segunda usurpación de Máximo», *HAnt.*, XXX, 2006, 209-219.

⁷⁶ A partir del 468 d.C., tras el fracaso de la armada conjunta (Roma y Constantinopla) en su intento por recuperar Cartago de manos de los vándalos de Giserico (Genserico), todo parece perdido (y aquel

Tras la muerte de Honorio (423 d.C.) y la usurpación de Juan (su *primicerius notariorum*) no mejora la situación. Accede al trono un nuevo purpurado de seis años de edad: Valentiniano III (el 425-455 d.C.) que tampoco consigue dar estabilidad al Imperio. Desde el principio estuvo dirigido por su madre (Gala Placidia) y por el general Aecio, al que acabó asesinando (21 ó 22 de septiembre del 454 d.C.). Poco después (el 16 de marzo del 455) Valentiniano III, a su vez, es asesinado por Petronio Máximo, quien sólo aguanta en el trono durante aquel año, para pasar la púrpura al emperador Avito (455-456 d.C.) y así, como ya vimos más arriba, se suceden siete emperadores más, hasta el *predecible* final (476 d.C.).

¿Usurpación y declive?

Fijaremos la atención seguidamente en la cuestión de las usurpaciones⁷⁷, asunto al que hicimos referencia párrafos atrás.

Es preciso detenerse en *Britannia*⁷⁸ y especialmente en la protagonizada por Constantino III⁷⁹.

Britania aparece como escenario propicio para la usurpación, y no por el simple hecho de su insularidad o de su alejamiento geográfico, sino por la ineficacia de la corte de Ravena, donde se aloja Honorio, incapaz de dar seguridad a la isla ante las *razzias* devastadoras de scotos, pictos y sajones. El *vallum Hadrianni* se había elevado para frenar a pueblos situados al Norte, inestables y precariamente sometidos. Los emperadores Diocleciano y Constantino [I, el Grande] (hijo de Constancio Cloro) habían intentado neutralizar el peligro de las usurpaciones mediante una opción colegiada, la Tetrarquía. El primero de ellos (mediante dos Augustos y dos Césares) y sirviéndose, el segundo, de la solución dinástica. Pero ambas opciones fracasaron y fueron los problemas locales, las disputas y los peligros fronterizos, los que auparon generales oportunistas y echaron por tierra tales intentos⁸⁰. Aunque los usurpadores no pretendieran en su fuero interno la ruptura de la unidad imperial, el resultado final es lo que importa: fragmentación, debilidad del Imperio y paulatino desgaste, fruto del envenenado enfrentamiento civil.

Durante el reinado de Diocleciano (284-305 d.C.) *M. Carausius* se había rebelado en la isla mirando para otro lado ante los ataques piráticos de francos y sa-

fue el tercer intento tras los anteriores del 441, bajo Aecio y en el 461, con la derrota del cuerpo expedicionario de Mayoriano en Hispania: P. Heather, *La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006, 505 y ss.

⁷⁷ G. Bravo, «El último siglo del Occidente romano: claves políticas», Gonzalo Bravo Castañeda (Coordinador), *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa*, Madrid, 2001, 25-30.

⁷⁸ J. Arce, *España entre el Mundo antiguo y el Mundo Medieval*, Madrid, 1988, 86-87. F.J. Sanz Huesma, «Usurpaciones en Britania (406-407): hipótesis sobre sus causas y protagonistas», *Gerión*, 23, 1, 2005, 315-324.

⁷⁹ J.F. Drinkwater, «The Usurpers Constantine III (407-411) and Jovinus (411-413)», *Britannia*, 29, 1998, 269-298.

⁸⁰ Junto a rivalidades surgidas en el seno de la dinastía constantiniana, entre sus hijos Constantino II y Constante, y el futuro emperador Juliano, en principio un más que probable usurpador, que accede a la púrpura por la prematura muerte de Constancio [II], el tercero de los hijos de Constantino [I].

jones⁸¹. Constancio Cloro, padre de Constantino, que obtuvo el título de *Britannicus Maximus*, acaba con la usurpación de *Carausius* y *Allectus* (f. s. III d.C.). Magno Clemente Máximo es elegido también emperador en *Britannia*. Pasa luego a suelo galo y acaba con Graciano (376-383), emperador legítimo e hijo de Valentiniano I.

Finalmente, Flavio Claudio Constantino (Constantino III)⁸² encabeza la usurpación más peligrosa, tras sustituir a un tal Marco (probablemente *comes Britanniarum*) y, tras éste, a Graciano⁸³, quizá a partir de febrero del 407 d.C. Con el ejército rebelde (ya insurrecto desde el 406 con Marco), Constantino III pasa a la Galia en el 407 y establece su sede en Arlés. Todo ello ocurre algo después de tener lugar la irrupción, también en suelo galo, de grupos de bárbaros que habían cruzado el Rin el último día del 406 d.C.

Ambos acontecimientos son simultáneos (primero, la entrada bárbara y, poco después, la llegada del usurpador a la Galia). El motivo de la revuelta pudo estar en el retraso en las pagas, dada la necesidad de dinero para costear los gastos bélicos en Italia en tales momentos⁸⁴. Así en esta usurpación se observa el desamparo ante el peligro exterior y la manifiesta incapacidad del gobierno de Honorio por salir airoso de tal situación. De hecho, la isla se pierde ya para siempre y el propio emperador, años más tarde, en una carta (412-413 d.C.) parece que renuncia definitivamente a su defensa. La usurpación es, por lo tanto, la respuesta a la ineptitud del gobierno de Honorio lo que conduce a la guerra y debilita profundamente al Imperio⁸⁵.

La figura de *Gerontius*⁸⁶, sistemáticamente analizada por Arce⁸⁷, sirve aquí de paradigma para esa peligrosa interacción entre la entrada de pueblos bárbaros (suevos, vándalos y alanos en la Galia y su posterior paso *pactado* a Hispania en el 409 d.C.) y la figura del usurpador, pues Geroncio, uno de los generales de Constantino III, acaba haciendo defección y se convierte, también en usurpador. Militar de origen britano, general infiel a Constantino III, sitúa en Hispania a un hombre a su servicio, Máximo, pacta la entrada de los bárbaros en Hispania y, a su vez, (este último) acuerda, su establecimiento (411 d.C.) en *Gallaecia* (vándalos asdingos y suevos), la Bética (vándalos silingos) y Lusitania-Carthaginense (alanos)⁸⁸.

Da la impresión de que la supervivencia política del Imperio Romano de Occidente estaba prácticamente *sentenciada* a comienzos del siglo V d.C., y aunque se

⁸¹ Oros., VII, 25,3.

⁸² Zos., V, 27, 2; V, 31, 4 y V, 43, 1-2.

⁸³ Zos., VI, 2.

⁸⁴ F.J. Sanz Huesma, «Usurpaciones en Britania (406-407): hipótesis sobre sus causas y protagonistas», *Gerión*, 23, 1, 2005, 320.

⁸⁵ J. Arce, *España entre el Mundo antiguo y el Mundo Medieval*, Madrid, 1988, 84.

⁸⁶ *Gerontius*: PLRE II, *Gerontius* 5. O. Seeck, *Gerontius*, PW.

⁸⁷ J. Arce, *El último siglo de la España romana: 284-409*, Madrid, 1986, 151-162. Id., *España entre el Mundo Antiguo y el Mundo Medieval*, Madrid, 1988, 108 y ss. Id., *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Madrid, 2005, 47 y ss.

⁸⁸ J. Arce, *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Madrid, 2005, 124-127.

hable de *proceso*, no por ello se han de descuidar los acontecimientos políticos (ya que estos últimos se articulan también dentro de una secuencia determinada) que son los que, a su vez, clarifican ese mismo proceso⁸⁹.

Y como se ha de valorar adecuadamente el desgaste que supuso para el Imperio (*pars Occidentis*) el fenómeno de las usurpaciones, se hace necesario hacer una somera referencia a un acontecimiento que tuvo lugar en el ocaso del reinado del emperador hispano Teodosio I [379-395]: la batalla del río *Frigidus*⁹⁰ [act. Hubl o Vipava (Upava), Eslovenia, septiembre del 394 d.C.].

Aunque este hecho pueda ser contemplado también como el último acontecimiento del conflicto paganismo-cristianismo, debate que se produce con toda su crudeza a lo largo del siglo IV, aquí interesa como colofón a todo un proceso de desgaste que estaba sufriendo Roma y su ejército por aquellos años.

Esta batalla, y sus secuelas, se suma a la derrota sufrida años antes por Valente en Adrianópolis (378 d.C.), primera derrota táctica de importancia que sufre el ejército romano en una jornada en la que falló la información sobre el volumen del contingente godo (tervingos, greutungos y otros), cuestión que despistó al emperador, como las prisas de este último por llevarse la gloria del combate, al no esperar a su sobrino Graciano y decidir entrar en combate en condiciones inadecuadas⁹¹.

Teodosio tolera en principio al usurpador Magno Máximo (como vimos más arriba, conspiración urdida en *Britannia* y que se traslada a *Gallia*), pero acaba con ella en el momento en el que ese mismo usurpador pone en peligro el trono, en Italia, de Valentiniano II (hijo de Graciano y Justina). El emperador acude en ayuda del legítimo emperador y derrota a Máximo en Aquileia el 28 de agosto del 388 d.C.

Años más tarde, en el 392 d.C., las relaciones entre Valentiniano II y su *magister militum*, el jefe franco Arbogasto se deterioran hasta el punto de que el emperador, o fue asesinado por éste⁹², o bien se suicidó⁹³. Arbogasto proclamó a Eugenio emperador⁹⁴ (como más tarde lo haría el godo Alarico con Prisco Atalo, 409-410 d.C.).

⁸⁹ G. Bravo, «El último siglo del occidente romano: claves políticas», Gonzalo Bravo Castañeda (Coordinador), *La caída del Imperio Romano y la génesis de Europa*, Madrid, 2001, 25 y 32-33. Aunque, en principio, el autor, hace hincapié en la importancia de tales hitos políticos (p. 25), luego da la impresión que trata de disminuir su importancia en función del *proceso* (pp. 32-33), cuestión que no está necesariamente en contradicción, si bien los aspectos estructurales (socioeconómicos), que implican una lectura como *proceso*, se escapan de las posibilidades de este artículo. Tengo la impresión, no obstante, que tal separación (entre lo político-coyuntural) y lo infraestructural no debe suponer, en todo caso, una tímida valoración de lo político, como parece deducirse (simple impresión mía, quizá equivocada) de la lectura de las últimas páginas.

⁹⁰ O. Seeck y G. Veith, «Die Schlacht am Frigidus», *Klio*, 13, 1913, 451-467. F. Pascoud, Zosime, *Histoire Nouvelle*, IV (Budé, 1979), 474-500. A. Ferril, *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*, Madrid, 1998, 117 y ss.

⁹¹ Ph. Richardot, *La fin de l'armée romaine 284-476*, París, 1998, 251 y ss. A. Barbero, *El día de los bárbaros. La batalla de Adrianópolis, 9 de agosto de 378*, Barcelona, 2007, 135 y ss.

⁹² Zos., IV, 54, 3. B. Croke, «Arbogasto y la muerte de Valentiniano II», *Historia*, 25, 1976, 235-244. A. Ferril, *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*, Madrid, 1998, 117.

⁹³ J. Arce., *España entre el Mundo antiguo y el Mundo Medieval*, Madrid, 1988, 83.

⁹⁴ Zos., IV, 54, 4.

Pero esta situación era inadmisible para Teodosio, ya que además de ser un atentado contra el emperador de la dinastía valentiniana (al que ya había defendido antes frente a Magno Máximo), la afrenta suponía ahora una posición ideológica opuesta al *imperator cristianissimus*, ya que tanto Eugenio como los que le respaldaban (el senador Nicómaco Flaviano y el jefe militar Arbogasto, un pagano) defendían confesiones totalmente opuestas a las del emperador. El choque era, por lo tanto, inevitable.

La batalla se resuelve a favor de Teodosio. En la jornada inicial (5 de septiembre), el emperador se sirvió de 20.000 godos confederados⁹⁵ al mando de Gaínas de los que perecieron la mitad⁹⁶. Atacaron directamente (en columna) las líneas defensivas de Eugenio y Arbogasto. La victoria definitiva la obtuvo Teodosio (tras una noche de oración) en la jornada siguiente, el 6 de septiembre, favorecido por el viento del norte (*boreas*)⁹⁷ que soplabá violentamente desde los pasos alpinos⁹⁸.

Los bárbaros dentro

El establecimiento de pueblos bárbaros en el interior del Imperio no era algo nuevo. Muchos bárbaros venían siendo *integrados* con métodos diversos: forzándolos a combatir y derrotándolos, pasaban a ser *dediticii* (prisioneros), otros, en condiciones más favorables, eran tratados como residentes a los que se les permitía cultivar tierras y conservar sus costumbres (*laeti, gentiles*).

⁹⁵ Zósimo (IV, 57, 2-3) destaca la importancia de los mandos *bárbaros* en este ejército teodosiano que se enfrentará a Arbogasto en el río Frígido. Las legiones estuvieron mandadas por Timasio y, en segundo lugar, por *Estilicón* (el futuro *magister militum* de Honorio); las tropas bárbaras aliadas lo fueron por *Gaínas, Saúl y Bacurio* (todos ellos caudillos *bárbaros*). Esta *barbarización* del ejército romano ha sido duramente criticada por Ferril quien hace responsable a Teodosio al haber permitido, tras la paz del 382 d.C., la entrada y el establecimiento de los godos (en Mesia y Tracia) como colectivo autónomo (y armado) dentro del Imperio, y el haberse servido de ellos como tropas confederadas. Esta política *pacifista* de Teodosio traería secuelas negativas en época de Honorio [395-423]. Esta interpretación *severa* hacia el emperador hispano ha sido cuestionada por L. Pérez Vilatela (Los bárbaros en el ejército teodosiano, los godos», *Congreso Internacional la Hispania de Teodosio*, I, 1997, 201). Para este último Teodosio hizo la política que tenía que hacer en un momento en el que los godos estaban triunfantes (tras Adrianópolis, 378 d.C.), y ante un problema agudo de falta de levás, haciendo de *la necesidad virtud* (Id., Los bárbaros en el ejército teodosiano, los godos», *Congreso Internacional la Hispania de Teodosio*, I, 1997, 205). A pesar de todo y aunque Teodosio no hubiera podido hacer otra cosa (que es probable dadas las limitaciones del ejército romano), lo cierto es que, directa o indirectamente, se estaba hipotecando el futuro, ya que el reconocimiento y la presencia de los godos dentro del Imperio (como pueblo autónomo), aunque se sirviera de ellos como tropa confederal (de hecho su utilización en el Frígido como carne de cañón parece evidente dadas las pérdidas que sufren [unos 10.000]), sea como fuere, de esa misma presencia va a ser imposible prescindir y constituye un hecho aceptado (a partir del año 395, y hasta el 411), el liderazgo de Alarico sobre la totalidad de los godos (tervingos y greutungos), factor de desequilibrio que no podrán neutralizar ni Estilicón ni Honorio: P. Heather, *La caída del imperio romano*, Madrid, 2005, 246.

⁹⁶ Oros., VII, 35,19.

⁹⁷ Amm., XXIII, 3, 69.

⁹⁸ Oros., VII, 35, 21. Claudiano, De Consulatu Honorii, 93-101 (especialmente 97), Zósimo (IV, 58, 3) refiere, en cambio, para la primera jornada (el 5 de septiembre), un eclipse solar.

Se trataba de un proceso de lenta infiltración, que venía dándose ya desde hacía tiempo, que tampoco comportaba un cariz traumático, ni su presencia iba a facilitar necesariamente *a posteriori* la entrada de los que arribarían en el siglo V d.C., como señala Le Glay⁹⁹.

Las transformaciones alcanzan también al ejército profesional romano que deja de ser el de época altoimperial: las reformas militares (propiciadas por los emperadores Galieno, Diocleciano y Constantino) fueron resultado de un imperativo de época, de una adaptación a los nuevos tiempos (su flexibilidad, la disminución del número de hombres por legión¹⁰⁰, la importancia que adquieren cohortes y alas de caballería....) y, a su vez, la *barbarización* del ejército, constituye una cuestión que forzosamente aparece unida a un mundo en transformación y que alcanza por fuerza a la institución militar.

Puede que esa *barbarización* tan insistentemente señalada y criticada¹⁰¹ se iniciara con Gordiano III [238-244 d.C.] pues, al ser las levae insuficientes, este emperador tiene que recurrir al apoyo de contingentes bárbaros. Con Gordiano III el Imperio se ve obligado además a pagar un estipendio a los estados federados para impedir la entrada de invasores como señala Blázquez¹⁰². Aureliano [270-275 d.C.], aunque se opone al pago del estipendio, no por ello renuncia a reclutar bárbaros¹⁰³.

Los ataques en las fronteras (iniciados en el 238 d.C. bajo M. Clodio Pupieno y D. Celio Calvino Balbino¹⁰⁴) fueron recrudeciéndose posteriormente (años 248-251 y 261-265, en los que las *razzias* eran prácticamente anuales)¹⁰⁵. Esta situación

⁹⁹ Además las fuentes no son unánimes al calibrar ese trabajo previo que facilitaría la llegada de los bárbaros en el siglo V d.C. pues, respecto a esto último, Salviano de Marsella lo afirma y Orosio lo niega: M. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, Madrid, 2002, 600.

¹⁰⁰ Cada legión 1000 ó 1200 hombres: A. Goldsworthy, *El ejército romano*, Madrid, 2005, 206. Zos., V, 45, 1 (Alarico aniquila cinco legiones procedentes de Dalmacia, un total de 6000 soldados).

¹⁰¹ Entender la *barbarización* como síntoma forzoso de decadencia puede resultar excesivo ya que no comporta novedad el señalar la ineficacia (o supuesta ineficacia) del ejército tardorromano (frente al altoimperial) y puede ser un argumento *a priori* el indicar la ineficacia (o supuesta ineficacia) de los mercenarios bárbaros, que el ejército tardorromano fuera derrotado numerosas veces, en una época de cambios profundos en los que ambas sociedades (romana y bárbara) estaban en proceso de cambio y adaptación mutuas, y donde penetraciones bárbaras y usurpaciones se entremezcla e interaccionan sin que sepamos exactamente quién es quién y qué posición ocupa el romano o el bárbaro. Por otro lado tampoco es admisible elevar a rango de categoría supuestas traiciones (como la de Estilicón). En cierta medida participo de las observaciones de Cameron en su crítica, en alguno de estos aspectos concretos, a Ferril: A. Cameron, *El Bajo Imperio romano (284-430 d. de C.)*, Madrid, 2001, 161.

¹⁰² Esta misma apreciación podría hacerse respecto a la época de Severo Alejandro, al alistar este emperador desertores párticos dentro de un ejército integrado por ilirios e, igualmente, bajo Maximino el Tracio: J.M.^a Blázquez, «El imperio después de los Severos», *Historia de Roma, II, El Imperio Romano* (siglos I-III), J.M. Roldán, J.M.^a Blázquez y A. del Castillo, Madrid, 1989, 272-273.

¹⁰³ Id., *Ibidem*, 284.

¹⁰⁴ En el mismo año del 238 d.C., último del reinado de Maximino el Tracio, en África rivalizan con el emperador M. Antonio Gordiano Semproniano (padre e hijo del mismo nombre, Gordiano I y II) elegidos por los latifundistas y confirmados por el Senado: tras su desaparición (20-22 días) el Senado eligió a los mencionados Pupieno y Balbino. La situación se estabiliza momentáneamente con Gordiano III [238-244 d.C.], hijo de Gordiano I y Mecia Faustina. Id., *Ibidem*, 268.

¹⁰⁵ Durante los reinados de Filipo I (el Árabe) [244-249], Filipo II [247-249], Decio [249-251], Treboniano Galo [251-253], Valeriano [253-260] y Galieno [253-268].

persiste años después bajo Claudio II el Gótico (268-270 d.C.), y sin solución definitiva, va perdiendo intensidad a partir de Aureliano (270-275 d.C.) y Probo (276-282), debido fundamentalmente a la energía desplegada por ambos emperadores, preparando así el camino a Diocleciano (284-305 d.C.).

A comienzos del siglo IV d.C. se inician las campañas contra los carpos (carpos y godos también habían irrumpido en el 238 d.C.) y el peligro cobra intensidad a mediados de la centuria cuando, hacia el 352-353 d.C., francos y alamanes en el Rin devastan y ocupan cuarenta y cinco ciudades¹⁰⁶. Constancio II y Juliano (futuro emperador) luchan contra ellos, y en Estrasburgo (*Oberhausbergen*) Juliano derrota a los bárbaros en una memorable batalla (agosto, 357 d.C.)¹⁰⁷, para apresarse posteriormente (361 d.C.) a *Vadomarius*¹⁰⁸, príncipe de los alamanes.

La derrota de Adrianópolis (378 d.C.) se ha considerado ya un punto de inflexión¹⁰⁹ y es a partir de ese momento, durante el reinado de Teodosio (379-395) [paz del 3 de octubre del 382 d.C.] y, sobre todo, durante el de Honorio (395-423) cuando la situación comienza a tornarse irreversible.

Tras la usurpación de Juan (423-425 d.C.), el reinado de Valentiniano III (425-455 d.C.), tampoco acaba de solucionar el problema de la anexión de territorios en Occidente en manos de los bárbaros: la presencia de los godos dentro del Imperio, desde el 382 d.C., se refuerza con vándalos, suevos y alanos en *Gallia e Hispania* (406 y 409 en adelante). Las usurpaciones (Constantino III y su hijo Constante, Gerencio y Máximo) hasta el 411 d.C.¹¹⁰, no hace sino agudizar más el problema.

Bajo la jefatura de Genserico (y llamados posiblemente por Bonifacio, rival de Aecio) los vándalos (a los que los romanos habían tratado de desgastar en Hispania sirviéndose en primera instancia de tropas godas de Valia)¹¹¹, se desplazan de Hispania a África (429 d.C.), y sus posesiones en Numidia y Mauritania les son reconocidas unos años más tarde (435 d.C.). Finalmente, ocupan Cartago, África Proconsular y Bizacena (439 d.C.). Los intentos por recuperar Cartago fracasan (el último en el 468 d.C.¹¹²) y todo se precipita en los últimos años (hasta el 476 d.C.).

El proceso de desgaste del Imperio Romano de Occidente ocupa prácticamente un siglo (en el 375-376 se inicia la *crisis balcánica* que conduce a la batalla de Adrianópolis del 378 d.C.) y constituye una etapa demasiado *larga* si la comparamos con la crisis del siglo III que, aún siendo importante, se resolvió antes (c.

¹⁰⁶ M. Le Glay, *Grandeza y caída del Imperio Romano*, Madrid, 2002, 603.

¹⁰⁷ Zos., III, 3, 3. Amm., XVI, 12, 19-63. A. Goldsworthy, *El ejército romano*, Madrid, 2005, 210-211.

¹⁰⁸ Amm., XXI, 4, 5-6. B. Enjuto Sánchez, «Reflexiones sobre el episodio de *Vadomarius* y su envío a Hispania», *HAnt.*, XXVII, 2003, 245-262.

¹⁰⁹ A. Ferril, *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*, Madrid, 1998, 88 y ss. F.-J. Guzmán Armario, *Romanos y bárbaros en las fronteras del Imperio romano según el testimonio de Amiano Marcelino*, Madrid, 2006, 137 y ss.

¹¹⁰ J. Arce, *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Madrid, 2005, 31 y ss.

¹¹¹ Id., *Ibidem*, 108 y ss.

¹¹² P. Heather, *La caída del imperio romano*, Madrid, 2005, 505 y ss.

238/248-270 d.C., en sus momentos más agudos). Es posible, además, que las usurpaciones tuvieran un cariz de mayor peligrosidad, a finales del siglo IV y comienzos del V d.C., especialmente la de Constantino III y *Gerontius* (que pacta la entrada de los pueblos bárbaros en Hispania según Arce¹¹³), todo ello en unos años que contemplamos decisivos.

Como conclusión a todo lo anteriormente señalado, no está de más considerar el valor intrínseco de determinados *acontecimientos* que constituyen el hilo conductor imprescindible a la hora de valorar los motivos (ya de por sí complejos) y que aportan algo de luz sobre una cuestión a lo que sólo es posible aproximarse con extremada cautela y prudencia.

Este artículo¹¹⁴ comenzaba con el poema del poeta alejandrino Cavafis (*Esperando a los bárbaros*)¹¹⁵ y sirve, a su vez, de complemento literario otro, el de Orosio (VII, 22, 7, 9), un texto de época, del que me he servido como punto de referencia para destacar su idea central: la combinación de presiones externas (penetraciones bárbaras) y de factores internos (usurpaciones), hipótesis que sirve de argumento al historiador cristiano para mostrar el doble *peligro* que, si aplicamos igualmente al reinado de Honorio¹¹⁶ (395-423), puede también explicar el declive definitivo del Imperio Romano en Occidente, aunque sea fácil considerar las cosas *a posteriori* cuando ya conocemos el resultado final¹¹⁷.

¹¹³ J. Arce, *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Madrid, 2005, 52 y ss.

¹¹⁴ Buena parte de la información aquí recogida (especialmente en lo que se refiere a la incidencia de la desestabilización producida en el siglo V d.C. con la irrupción de los pueblos extraliminales) se debe al importante estudio de P. Heather (*La caída del imperio romano*, 2006) que ha retomado recientemente también: S. Baker, *Roma. Auge y caída de un imperio*, Barcelona, 2007, especialmente en 360 y ss.

¹¹⁵ Del que se sirve e *inspira* a J. Arce en su reciente publicación: *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A.D.)*, Madrid, 2005, 13.

¹¹⁶ Orosio lo emplea concretamente para el reinado de Galieno [253-268 d. c.], el momento más crítico en la crisis del siglo III d.C. y que aquí, como argumento y reflexión general, extrapolamos a modo de hipótesis aplicable también en cierta medida al reinado de Honorio [395-423 d.C.] donde se combinan ambos factores (penetraciones bárbaras y usurpaciones).

¹¹⁷ Pues «hubiera bastado que los contemporáneos se dieran cuenta y habrían sacado el mejor partido a la situación asimilando a los bárbaros, en lugar de mantenerlos a raya o de remendar alianzas insatisfactorias...»: (A. Cameron, *El Bajo Imperio romano (284-430 d. de C.)*, Madrid, 2001, 152).